

HISTORIA

Biblia y traducción (23): «Está desde hace mucho tiempo preparado un *tofet*»

Por Juan Gabriel López Guix

«Está desde hace mucho tiempo preparado un *tofet*, está también destinado al rey» (Nácar-Colunga). Se considera que este fragmento de Isaías 30:33 se refiere al castigo dispuesto en Jerusalén para el rey de Asiria. El pasaje se ha traducido de diversas maneras. La protestante Reina-Valera en revisión de 1977 dice: «Porque hace tiempo que hay un lugar de sacrificio, dispuesto y preparado para el rey»; mientras que la hebrea de Moisés Katzenelson (1986) traduce: «Porque de antiguo está preparada la hoguera. Sí, está preparada para el rey».

La palabra *tofet* se relaciona con un lugar en las afueras de Jerusalén, el valle de Hinnón (*ge-hinnon*), donde se realizaban sacrificios infantiles, supuestamente en honor de un dios fenicio llamado Molok. No parece caber duda de la existencia de tales sacrificios, cuyos rastros se han encontrado en diversos lugares de Palestina y también de la región mediterránea (norte de África, Sicilia, Cerdeña, Valencia). En cambio, más se ha discutido sobre el destinatario de las ofrendas, Molok, puesto que se ha considerado que incluso el nombre es fruto de una confusión entre el tipo de sacrificio (*m/lk*) y un dios amonita citado por error con ese nombre en lugar de Milkom (en 1 Reyes 11: 7).

En el magma politeísta o henoteísta (donde se admitían diversos dioses, pero se veneraban los propios) que existió en el Levante mediterráneo en el medio milenario anterior a la aparición del monoteísmo judío durante el exilio babilónico (siglo VI a. e. c.), se realizaron a diferentes deidades, como rito funerario o propiciatorio, los sacrificios de niños inmolados en hogueras. También a Yahvé entre los habitantes de Judá: aunque la Biblia lo niega en varios lugares —lo cual podría ser un indicio de que efectivamente se produjeron—, hay un fragmento en Ezequiel 20:26 que parece proporcionar una justificación teológica para semejante práctica: «Y los contamine en sus ofrendas cuando pasaban a sus hijos por el fuego, a todo primogénito, para desolarlos y hacerles saber que yo soy Yavé» (Nácar-Colunga).

Habitualmente, con la derrota de un pueblo se interpretaba que su dios era también menos poderoso que el dios del vencedor. Tras la victoria asiria sobre el reino de Judá y la deportación a Babilonia de su clase dirigente, los profetas invirtieron la correlación tradicional y postularon que Yahvé había vencido a pesar de las apariencias porque la derrota era un castigo a su pueblo por adorar a otros dioses. Esta «revolución» desvinculaba la divinidad del territorio y, de hecho, la convertía en portátil. La posterior evolución monoteísta comportó una asimilación de divinidades y atributos a la figura única de Yahvé. En los siglos posteriores los redactores y revisores bíblicos reflejarían en sus escritos esta «gran unificación». Constantemente afloran aquí y allá a lo largo del Tanaj/Antiguo Testamento los vestigios de las antiguas creencias hebreas, asimiladas al marco del yahvismo monoteísta o atribuida a los cananeos y otros pueblos idólatras.

Cuando las Escrituras fueron trasladadas a otras lenguas, la traducción se convirtió en un nuevo recurso con el que se pudo contar para «yahvizar» los textos y negar un legado de antiguas deidades que el judaísmo y luego el cristianismo rechazarían con rotundidad. Las tres traducciones citadas muestran diferentes grados de flexibilidad en el filtro interpretativo por el que hacen pasar el texto de partida. La versión hebrea es la que borra con más ahínco toda traza de las tradiciones y los cultos anteriores a la posición única y excluyente de Yahvé; la versión católica, con la utilización del extranjerismo, permite la irrupción de la práctica cananea, sin ningún tipo de atenuación ni explicación; mientras que la versión protestante, con una traducción explicativa, adopta una posición intermedia entre ambas, puesto que indica que es un tipo de sacrificio y no una simple ejecución. Las traducciones muestran y permiten dos lecturas: la del lector y, la previa —que condiciona la primera con un mayor o menor grado de coerción—, la del traductor.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)